

### *Saber acoger al otro*

En LA IDEA DEL MES pasado se hablaba de la importancia de aquellos que han aprendido enseñanzas y quieren continuar los caminos iniciados por sus maestros. De ellos han conocido su estilo, quizás su cercanía concreta a los demás, incluso con aquellas personas que son juzgadas de manera negativa y de las cuales habría que guardar cierta distancia.

Seguir el camino del maestro es ser su “embajador” y ello permite continuar su obra adonde quiera que se vaya. En este camino es fácil encontrar personas hospitalarias, que abren su corazón hacia el que llega inesperadamente. De hecho, en culturas que mantienen fuertes lazos comunitarios, el huésped es alguien sagrado y, aunque sea desconocido, se le reserva un lugar principal.

Ante esta acogida es bueno dejarse tratar como huésped, estar dispuesto a aceptar las atenciones de los demás con humildad y al mismo tiempo ofrecer gratuitamente cuánto se ha aprendido del maestro, con su mismo estilo, cercanía, paz. Pero también se tendrá que ser paciente frente a las incomprensiones y persecuciones que se puedan experimentar, porque es más fuerte la certeza de la enseñanza que se ha recibido del maestro.

Todos, como amigos que nos hemos propuesto vivir por la fraternidad, tenemos una misión: testimoniar con mansedumbre, primero con la vida y luego también con la palabra, el amor que una vez hemos experimentado, para que se convierta en una gozosa realidad para muchos, para todos. Y dado que, a pesar de nuestras fragilidades, hemos palpado el amor, nuestro primer testimonio será precisamente ser los primeros en acoger con delicadeza a los hermanos.

En una sociedad donde lo más normal es buscar el éxito y la autonomía, estamos llamados a mostrar la belleza de la fraternidad, que reconoce que nos necesitamos unos a otros y activa la reciprocidad.

Con respecto a la acogida, Chiara Lubich nos indica que tenemos que tratar de vivir con este espíritu en nuestras familias, asociaciones, comunidades y grupos de trabajo, eliminando en nosotros juicios, discriminaciones, prevenciones, resentimientos e intolerancias hacia este o aquel prójimo, algo tan fácil y tan frecuente que resiente las relaciones humanas e impide el amor mutuo. Acoger al otro, al que es distinto, es la base del amor concreto. Es el punto de partida, el primer peldaño para construir esa civilización del amor, esa cultura de fraternidad a la que, más que nunca, estamos invitados hoy.